

RUTH LILLEGRAVEN

EN EL FIORDO
PROFUNDO

Traducción:

BENTE TEIGEN GUNDERSEN y MÓNICA SAINZ SERRANO



MAEVA | NOIR

Todo es cercano, todo es lejano.
Todo le ha sido prestado al hombre.

Todo me pertenece, y todo me será arrebatado.
Pronto todo me será arrebatado.
Los árboles, las nubes, la tierra sobre la que camino.

Pär Lagerkvist,
Es el crepúsculo lo más hermoso (fragmento)

A través de la ventana veo a gente aparcando para ir a la consulta del médico, que está pegada a las dependencias de la Policía, donde nosotros estamos.

Al otro lado de la calle veo el supermercado, el colegio y la residencia de ancianos. Alrededor se yerguen las montañas, que nos protegen o nos encierran.

Detrás está el fiordo.

—El resto de la historia lo conozco —dice él—. No debes tener mala conciencia, fuiste muy valiente al salir del coche e intentar salvar a Magne. Ahora lo importante es que estás viva y que vas a estar bien.

PRIMERA
PARTE

1

HAAVARD

«HAGAS LO QUE hagas, no te divorcies.»

Un amigo divorciado me lo había advertido la noche anterior, tomando una cerveza, con la Premier League de fondo. «Un divorcio resulta caro de la leche —dijo—. Te deja desplumado. Imagínate la peor situación económica posible y multiplícala por dos. ¡No, por tres! Eso es lo que cuesta un divorcio.»

Bueno, yo resisto, aguanto el tirón.

La puerta de la terraza se cierra de un portazo; es la manera pasivo-agresiva que tiene Clara de despertarme. A través de las ondeantes cortinas blancas del dormitorio, atisbo levemente su alta y esbelta figura en la terraza.

Clara es un animal de costumbres, le encanta quedarse así uno o dos minutos por la mañana, en la misma postura estilo *Titanic* que adopta cuando cogemos un ferri en la zona oeste del país.

En los últimos días, el calor ha ido acumulándose y vibra casi ferozmente en el aire; es algo inusual después de un largo y duro invierno y una primavera que simplemente no llegó. En el colegio de los niños, en la calle, en la tienda, por todas partes, la gente habla del invierno que acaba de pasar, de la primavera que no hemos tenido, de lo insólito de este precipitado calor africano.

Yo, por mi parte, lo disfruto. Si Clara consigue llevar a buen puerto el proyecto de ley, tal vez podamos hacer una escapada

a Kilsund; mis padres se hacen mayores y alguien tiene que preparar la cabaña para el verano.

—Tienes que levantarte —dice cuando vuelve a entrar—. Si no, llegaréis tarde al colegio.

Esta semana nos toca acompañar a los niños del vecindario al colegio y me he comprometido a hacerlo.

Noto un nauseabundo regusto a cerveza en la garganta. Anoche tomé un par de más; al parecer ya no tengo aguante.

Mantengo los ojos cerrados, finjo estar dormido todavía. A Clara siempre le ha irritado que no sea tan madrugador como ella, pero eso no quiere decir que no sea capaz de levantarme y llevar a los niños al colegio; soy yo el que lo hace la mayoría de las veces.

—¿Haavard? —dice y me da un rodillazo en el muslo; de hecho, me hace daño.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunto irascible—. ¿Estás maltratándome?

Ella suspira.

—Tengo una reunión importante a las ocho y tengo que irme enseguida.

—A mí me toca guardia toda la noche —mascullo.

—No eres el único que salva vidas —objeta ella.

Me incorporo, saco las piernas de la cama y bostezo.

—¿Han desayunado los niños?

—Están en ello.

Ahora se dirige al cuarto de baño, que considera suyo en exclusiva, para adoptar su pose de ministerio. Me entran ganas de fastidiarla, así que me incorporo de un salto y la adelanto corriendo. Sin cerrar la puerta, levanto la tapa del inodoro y empiezo a orinar salpicando ruidosamente contra la taza.

Ni una palabra por su parte, se queda esperando fuera.

¿Por qué diablos tiene que quedarse aquí dando vueltas, cuando se supone que ya tendría que haberse marchado, e

insistir en que yo tengo que darme prisa? ¿Por qué tiene que controlarme y estar encima de mí como si yo no estuviese acostumbrado a estar solo con los niños, cuando es ella la que apenas pasa por casa?

Durante el tiempo que ha estado trabajando en el nuevo proyecto de ley, solo ha llamado por teléfono para decir que vuelve a casa para cenar, no para avisar de que no viene.

Salgo del baño silbando.

Ella entra decidida, sin mirarme, y cierra la puerta.

Yo me visto y bajo las escaleras.

Los niños están sentados a la mesa. Cuando llevan puesto el pijama siempre me enternecen sus cuellecitos estrechos, el pelo alborotado de Nikolai, los rizos en la nuca de Andreas.

Entonces descubro que están desayunado Choco Krispies. Y encima están con un iPad cada uno. Joder.

—Esto solo está permitido los fines de semana —digo señalando el envase de cereales—. Lo sabéis. La caja de cartón es igual de nutritiva que esta porquería.

—Nos ha dejado mamá —gritan a coro.

Busco paracetamol en el armario y me trago una pastilla bebiendo leche directamente del cartón.

—¿Y qué dice la abuela de los iPad?

Los niños vuelven a gritar a la vez:

—¡Bobo!

—No. Dice que se os van a poner los ojos cuadrados.

Los niños devoran las bolitas de chocolate bañadas en leche, que ahora se ha vuelto de color marrón claro, mientras discuten sobre los videojuegos de Fortnite, para los que, de hecho, no tienen edad suficiente.

Clara también ha bajado.

—¿Krispies? —pregunto con las cejas alzadas—. ¿En serio?

—Se negaban a comer otra cosa y tú no estabas, alguien tenía que hacer que desayunasen algo.

—Dios mío —murmuro.

Los niños se levantan de repente de la mesa y salen corriendo al jardín por la puerta que da a la cocina.

—¡Oye! —grito—. ¿Adónde vais? ¡Volved a entrar! ¡Ahora mismo!

Acto seguido vuelven con dos ramitas de lilas cada uno entre las manos. Me dispongo a regañarlos tanto por su intempestiva salida como por las lilas arrancadas, pero me muerdo la lengua; parecen tan dulces y orgullosos...

—Una para mamá y otra para papá —dice Nikolai; Andreas muestra una sonrisa desdentada—. No discutáis más, anda.

—No, claro que no —digo—. Muchas gracias, qué buenos sois.

Saco uno de los bisturíes del trabajo que guardo en un cajón y que utilizo para recortar las ramas. Cuando estoy cortando la segunda, la fina hoja del bisturí se desliza inesperadamente y se me ensarta en la yema del dedo.

—¡Joder! —exclamo.

—No deberías dejar los bisturíes desperdigados por todas partes, te lo he dicho muchas veces —dice Clara.

—Gracias —mascullo. La herida sangra en abundancia.

—Papá, ¿qué ha pasado? —pregunta Nikolai.

—Me cago en la leche —digo antes de recobrar la compostura—. Me he hecho un corte en el dedo.

—¿Te duele?

—Un poco. Por suerte, soy médico y puedo cosérmelo yo mismo —digo intentando sonar alentador. No parecen muy convencidos.

—Podrías tener un poco de cuidado, ¿no? —dice Clara, tan empática como de costumbre. Siempre se frustra cuando los niños o yo nos hacemos daño; creo que lo considera un signo de debilidad.

Examino la herida, cojo un poco de papel de cocina y lo enrolló alrededor del dedo. Intento volver a ser un padre duro.

—No se pueden decir palabrotas, papá —advierde Andreas.

—Pero ¿estás bien? —pregunta Nikolai.

—Adiós —se despide Clara y atraviesa la cocina y el pasillo con pasos veloces. Hasta que ella no da un portazo y se va, no consigo relajarme y sonreírles a los niños de verdad.

Así somos. En esto nos hemos convertido.

2

CLARA

UN MINISTRO CASI nunca llama en persona. La costumbre es que Vigdis, la secretaria del ministro de Justicia, Anton Munch, llame y pregunte si puedo pasarme a verlo.

El tono es educado, pero se trata de una pregunta retórica que significa que tienes que presentarte. *Ipsa facto*.

—Voy para allá —respondo. Me levanto, me ajusto bien el traje de chaqueta y guardo el documento en el que estoy trabajando. Es como mi tercer hijo: la propuesta de realizar una modificación en la legislación noruega, el proyecto de Ley 220 L. Setenta y ocho páginas de texto, once capítulos; antecedentes, objetivos, legislación vigente, evaluaciones y propuestas. Al final, las observaciones. Y la propuesta de texto legal.

Y el colofón, la absurda fórmula estandarizada «Nosotros, Harald, rey de Noruega».

El proyecto de ley debe asegurar que desde todas las instancias —los hospitales, el área de protección del menor, las guarderías y los centros de salud—, se adopte una mayor responsabilidad a la hora de denunciar ante sospechas de violencia o abusos.

Hasta ahora la obligación de denunciar estos hechos ha sido ambigua, el secreto profesional ha prevalecido en todas partes.

A partir de ahora eso será diferente.

El proyecto de ley está casi acabado. Lo único que me queda por hacer es ajustar y pulir el texto, como si se tratase de una escultura; intento hacer que todo brille.

Me esmero en evitar las ambigüedades que caracterizan muchos de los textos que redactan los juristas como yo, plagados de comas, una salvedad tras otra, hasta convertirlos en una mezcla ilegible y ambigua; tanto es así que los asesores de comunicación se tiran de los pelos cuando tienen que redactar comunicados de prensa y, año tras año, dan trabajo a una serie de consultores externos que aparecen e imparten cursos sobre el llamado lenguaje llano.

Van a tener su lenguaje llano.

Atravieso los pasillos acompañada del repiqueteo de mis tacones, que resuenan contra el rústico suelo de madera marrón, hasta llegar a la sección de los políticos. En los departamentos solo hay linóleo; aquí dentro, en lo más sagrado, hay suelos de teca con líneas negras entre las lamas.

Lo primero con lo que me topo en la zona de los políticos es con el estúpido oso polar disecado que se alza sobre las dos patas traseras y que, por lo visto, derribaron a tiros en la escalera de la iglesia de Svalbard. Tiene la espalda erguida y la mirada fija. Yo solo le llego al codo.

Durante mucho tiempo he trabajado directamente para el ministro, sin seguir los cauces oficiales. En los últimos meses he ido estrechando la relación con Munch y, por consiguiente, he ido acercándome cada vez más a mi objetivo.

Todas las objeciones y preguntas de los dirigentes se han resuelto en los últimos días. Aunque el proyecto de ley debe pasar por consulta pública antes de presentarlo ante el Parlamento, se tiene mucho ganado una vez que el ministro ha dado su beneplácito.

En un ministerio se nota enseguida si hay un líder al frente o no. Munch lleva ya un año en el cargo, tiempo suficiente para poder constatar que tiene mucho de postureo, pero yo he adoptado una actitud más optimista hacia él que muchos de mis compañeros, debido al proyecto de ley.

El punto álgido llegó hace una semana, cuando nos encontramos en su despacho; él se reclinó en la silla, se colocó los brazos detrás de la nuca y dijo:

—De acuerdo, Clara. Vamos a por ello.

En aquella ocasión estaba sentado detrás de su enorme escritorio marrón con estanterías a juego de fondo, igual que lo está ahora.

Se deshizo de las obras de arte expuestas en el despacho al día siguiente de su toma de posesión; como contrapartida, instaló una enorme pantalla de plasma y decoró la oficina con cientos de miniaturas de helicópteros y vehículos de emergencia, algo sobre lo que los periodistas se hicieron un sonoro eco en sus artículos.

La reluciente mesa de teca, la fruta, las tazas de café blancas, la pantalla, los archivadores de anillas colocados tras él, los documentos apilados...; nada resulta llamativo en particular; no obstante, el hombre situado detrás del escritorio ostenta uno de los cargos con más poder del país.

—Pasa —dice sin apartar la vista del teléfono.

—Hola, Clara —dice una voz, y hasta ese momento no veo a Ernst Woll al otro lado de la mesa de reuniones, casi oculto en un rincón.

Todos los que forman parte de la dirección política son hombres. Woll es el más mordaz y el único jurista; le han concedido el despacho más grande y el rango más alto.

Antes solo había un ministro y un secretario de Estado; ahora hay una jauría de secretarios de Estado, además de un asesor político. Todos luchan por el favor del ministro, por ser el que trabaja con más ahínco, el que se esfuerza más.

En un cargo político, la gente tiene que demostrar todo el tiempo que en realidad pinta algo ahí, lo cual resulta difícil sin implicarse en una infinidad de temas. El resultado es que los secretarios de Estado siempre van con retraso en el trabajo, y se

apropian del tiempo de los técnicos administrativos, que deberían estar dedicándose a otras cosas.

Mientras el ministro se dedica a ser el mascarón de proa y a defender sus decisiones en los medios de comunicación y en Facebook, los secretarios de Estado asisten a las reuniones, trabajan estrechamente con los técnicos administrativos y toman muchas de las decisiones políticas.

No obstante, he sido capaz de hacer que Munch se implique en mi proyecto de ley. Y he evitado a Woll. Hasta ahora.

—No vamos a robarte mucho tiempo —dice Woll.

—Está bien —respondo.

—Bueno, Clara —anuncia Munch, apartando al final la vista del móvil—. Nuestra propuesta de ley ha sido tema de discusión en el Consejo de Ministros.

Se hace el silencio.

—¿Y? —pregunto y me percató de que se trata de una reunión distinta a la que me había figurado. Los dos se miran. Munch parece incómodo. Woll se encoge de hombros; parece preparado para dar el tema por zanjado.

—Y bueno... Tenemos que suspenderlo —dice Munch al final.

La piel de los brazos se me eriza bajo la blusa blanca de seda.

—¿A qué te refieres? —pregunto con la voz afligida—. Los ministros han leído y aprobado todos los informes que he redactado.

—Estas cosas ocurren constantemente, ya lo sabes. Es una propuesta controvertida. Somos un gobierno de coalición, los demás opinan que es demasiado radical y tengo otros asuntos para los que necesito apoyo en este momento.

—Pero esto podría ser lo más importante que hicieses durante los años que estés aquí —digo—. ¿Sabéis lo que significaría para los más desfavorecidos?

A mis espaldas, Woll suelta una breve risita.

—Unas veces se gana, otras se pierde. El asunto está decidido —me interrumpe. En su voz se percibe un indicio de regodeo, como un sonido crepitante.

Así son ellos. Todo tiene que ver con el poder.

Todo se puede negociar. Todo se puede expresar.

—El primer ministro ha dicho lo que tenía que decir. Gracias por venir —añade Woll y se levanta. Un desahucio ministerial.

Munch vuelve a concentrarse en el móvil, evitándome la mirada.

Me levanto casi sorprendida por el hecho de que mi cuerpo responda. Salgo por la puerta, paso por delante del escritorio de la secretaria de Munch, del enorme frutero cuyo tamaño es el doble que el de los que hay en los departamentos, por delante del oso polar, súbitamente aterrador en toda su amable capciosidad. Paso por delante de más maquetas de helicópteros y vehículos de emergencia, salgo de la sección y atravieso los pasillos.

Al final, llego a mi despacho, cierro la puerta, me deajo caer y me quedo en cuclillas en el suelo.

Haavard suele llamarme «la Princesa Gélida». Él llora cada dos por tres.

Creo que yo no he llorado ni una vez en treinta años y tampoco tengo la intención de hacerlo ahora; sin embargo, necesito cubrirme el rostro con las manos, presionar las yemas de los dedos contra los ojos. Intento respirar con normalidad, pero no puedo.

Cuando tenía trece años, uno después del accidente, empecé a pasar la noche en una cabaña yo sola, tres o cuatro noches seguidas. Preparaba la comida, encendía la chimenea, leía, daba paseos.

En una ocasión se me ocurrió subir a Trollskavlen. Era una larga y tediosa caminata, pero mi padre me había explicado adónde solía ir él cuando era joven; lo había mirado en el mapa, sabía que podía conseguirlo. En efecto, lo habría conseguido si

el sol que brillaba cuando inicié el recorrido no se hubiese convertido en una capa compacta de nubes.

Cuando me quedaban tan solo unos cientos de metros para llegar a la cumbre, una densa niebla fue instalándose con lentitud.

Al principio dejé de ver la cima; al poco ya no veía nada.

Todo era blanco.

Saqué la brújula y el mapa, y empecé a caminar en la dirección que estimaba que debía ser la correcta. Al final, llegué a una pendiente empinada que creía recordar haber trepado. Me coloqué de espaldas al desnivel, pegué el cuerpo a la montaña y empecé a descender hasta que, de repente, me quedé parada, despatarrada como una especie de Spiderman en mitad de la montaña, sin ser capaz de subir ni bajar.

Me había quedado atrapada en una cornisa, tal y como me había contado mi padre que les pasaba a veces a las ovejas. Permanecían allí, en un pequeño saliente verde, en medio de la negra montaña, balando sin parar.

En ocasiones se podía subir a buscarlas en caso de descubrirlas a tiempo; otras veces no quedaba más remedio que pegarles un tiro.

Ahora era yo la que se encontraba allí. Había muchos metros hacia abajo y ningún sitio donde colocar los pies.

Al cabo de un rato comencé a descender con cuidado, un pie tras otro, agarrándome con una mano, después con la otra.

Recorrí uno o dos metros; luego, salté.

Cuando impacté contra el suelo, me quedé tumbada durante varios minutos respirando con dificultad antes de ser capaz de comprobar si tenía algo roto.

Es la misma sensación que tengo ahora, sentada en el suelo del Ministerio de Justicia y Seguridad Ciudadana, treinta años más tarde.

He invertido tanto en este proyecto de ley... Para mí ha significado más que cualquier otra cosa.

Ahora esos dos me lo han arrebatado, lo han destrozado, sin siquiera tener idea de lo que están haciendo.

3

HAAVARD

JUSTO DESPUÉS DE ponerme la bata blanca y entrar por la puerta de la unidad, entiendo que va a ser una guardia maratoniana; toda la ciudad ha salido a disfrutar del buen tiempo. Nosotros recibimos las frutas caídas en forma de lesiones y enfermedades. Los pacientes entran como una corriente inagotable. 15:35 horas: una niña pequeña con coma diabético. 16:21 horas: un niño con asma y choque anafiláctico. 16:53 horas: dos hermanos víctimas de una colisión en cadena. 17:20 horas: un niño de seis años con deshidratación grave.

Y luego, a las 18:53, entra una nueva familia.

El hombre está en mitad de la treintena y lleva en brazos a un niño de unos cuatro años. Es probable que sean de origen pakistaní, quizá afganos. El niño viste unos pantalones cortos azules y una camiseta de manga larga roja. Alrededor del dedo índice de la mano derecha lleva una tirita de *Star Wars*. Tiene las uñas sucias y luce una pulsera hecha de abalorios con letras, y una pequeña cabecita con el cabello negro azulado.

Parece estar sin vida.

—Necesito hablar con el médico —vocea el padre; lleva una camiseta azul del Chelsea y una gorra, su piel está marcada por las huellas del acné adolescente.

Justo detrás de él aparece Roger, corriendo con la lengua fuera y rodeado por un intenso olor a loción para después del afeitado. Es un olor dulzón, pasado de moda; quizá Jean Paul

Gaultier, uno de esos frascos con forma de torso masculino, traje de marinero o Dios sabe qué.

Por supuesto, yo no tengo nada en contra de los homosexuales ni de los enfermeros y Roger es un excelente profesional; hábil, experimentado, cálido y atento, un hombre con muchas cualidades. No obstante, su forma de perfumarse resulta excesiva.

—He intentado decirles que iba a recibirlos yo —dice—. Deberían estar en la unidad de urgencias, pero ha traído al crío directo aquí y ahora no vamos a enviarlos para allá a toda prisa, ¿no?

—No —respondo.

Aquí, en Ullevål, tenemos el mejor equipo traumatológico del país; nos envían los casos más graves desde otros hospitales, a menudo en una ambulancia que va directa a admisiones. Sin embargo, en ocasiones los padres traen aquí ellos mismos a sus hijos. Si saben dónde está la unidad de pediatría, acuden directamente.

—Soy el médico de guardia —le digo al padre con toda la diplomacia de la que soy capaz—. ¿Qué le ha ocurrido a su hijo?

—¿Está usted ciego, doctor? —pregunta el padre, de pie frente a mí, con los ojos llenos de una mezcla de ira y temor. Me recuerda a los típicos matones que acudían al patio del colegio en Vinderen durante mi infancia.

—¡Doctor! ¿No ve usted que se ha desmayado? ¡No se despierta!

La madre lleva velo y unos pantalones de chándal que sobresalen por debajo del *shalwar kameez*. Habla y gesticula. El marido le dice algo en una lengua que no entiendo; ella se calla.

El niño es muy pequeño y está visiblemente delgado, tiene las caderas estrechas y nuca de pajarito. Lleva unas zapatillas azules y naranjas idénticas a las de Andreas, pero estas están desgastadas y sucias, con un agujero en la tela sobre el dedo gordo.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunto mientras tomo al niño de los brazos del padre y lo recuesto sobre la camilla de exploración.

Levanta cuatro dedos. Su madre me mira suplicante, alza las manos, de nudillos blancos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto.

—Se cayó de un árbol —responde el padre—. Luego solo se quedó dormido. ¡Y ahora no se despierta! ¡Haga algo, doctor!

Le indico a Roger que debe ir a buscar ayuda.

—Hay que llevarlo a Tomografía —comento con discreción.

La madre rompe a llorar, el padre le grita algo, yo me detengo en medio de la consulta. Tengo que recobrar la compostura; uno, dos, tres segundos. El niño está inconsciente. Tras la ventana, los pájaros cantan y me hacen añorar el aire libre.

Experimento una sensación de urgencia, como cuando crees darte cuenta de que en realidad el dolor de cabeza es un tumor cerebral, de que las erupciones cutáneas son leucemia, de que pronto vas a tener que comunicarle a alguien un mensaje que no quiere recibir.

La sensación me envuelve como algo gélido.

Me inclino sobre el niño. Huele a vómito ácido, pero también a polvo y sol, y a otra cosa, a chicle, pasta de dientes, champú, y desprende un olor impregnado a jengibre, ajo y curri.

—Vayan a darse una vuelta —les pido a los padres—. Yo cuidaré bien de su hijo.

Parecen escépticos, pero salen de la habitación. Tan solo unos minutos más tarde entra Sabiya.

—¿Qué ocurre? —pregunta sin aliento.

Sabiya apenas mide más de un metro cincuenta y cinco, y su forma de caminar, ligera e imperceptible, hace que parezca que flota sobre el suelo. Lleva el cabello cortado en una media melena, siempre reluciente y recogido con un pasador de pelo; las manos libres de anillos y esmalte, tal y como requiere el

reglamento. Con las caderas estrechas y el cuello erguido, se mueve grácilmente y con eficacia.

—No lo sé —contesto—. Conmoción cerebral grave, en el mejor de los casos. Se ha caído de un árbol.

Permanece quieta, examinando al niño con una expresión extraña.

—Vale —dice al final y empieza a desvestirlo mientras va dando órdenes a Roger y a Bente, una de las enfermeras.

Sin que Sabiya se dé cuenta, le guiño un ojo a Bente, que se sonroja, como de costumbre.

Lo de desvestir a alguien para examinarlo es el caballo de batalla de Sabiya. Hace unas semanas, dio una charla en la reunión matutina al hilo de una presentación de Power Point repleta de fotografías de espaldas con marcas de latigazos, bocas llenas de llagas, radiografías de huesos rotos. Todo eso lo estudiamos en la carrera, pero cuando empezamos a trabajar estamos tan ocupados que es fácil que esas señales se nos escapen. «Tenemos que estar alerta, tomarnos unos segundos extra, examinar también a los que en apariencia han llegado por otras causas», decía ella, y la gente asentía, sintiéndose algo culpable.

Ahora Sabiya se inclina sobre el niño y le remanga la camiseta roja.

—Joder —digo cuando descubro las marcas en la parte interior del brazo, en un lugar donde no debería tenerlas. La ropa es traicionera, hace que todo parezca normal. Sabiya va a por unas tijeras y empieza a cortar las prendas.

Más moratones. En los hombros y en los muslos.

Tomo aliento.

—Mierda.

—Sí, no hay lugar a dudas —dice Sabiya y continúa, mostrando una profesionalidad impresionante. Junto con los enfermeros, trasladamos al niño a una cama y corremos por los pasillos hacia la unidad de urgencias, donde se practicará la

tomografía. En estas situaciones no me gustaría tener que prescindir de Roger. Nadie tiene más experiencia en primera línea que él, nadie ha levantado a más heridos y enfermos para introducirlos en la ambulancia y sacarlos de ella.

La tomografía termina a las 19:40. Sabiya y yo nos quedamos de pie esperando las radiografías. Acuden varias personas más, tanto radiólogos como médicos anestesiistas.

Entonces oímos unos pasos pesados y una respiración agitada detrás de nosotros. El padre del niño irrumpe en la sala; debe de habernos seguido hasta aquí.

—Está prohibido el acceso —digo con voz decidida y camino hacia él.

No se mueve ni un ápice del vano de la puerta.

—¿Qué ha dicho, doctor?

—Debe esperar fuera.

—Puto racista —exclama.

—Las reglas se aplican a todo el mundo —dice Roger en un tono hosco.

El hombre se aleja reacio de la puerta, pero sigue deambulando fuera, como un toro bravo.

Cuando me doy la vuelta, Sabiya se queda mirándome con una expresión extraña.

—¿Lo conoces? —pregunto.

Asiente, pero no dice nada más, y poco después llegan las radiografías. Debe de ser la primera vez que oigo a Sabiya maldecir. Me inclino sobre su hombro, contemplando una gran sombra en la imagen, como una especie de mal augurio en forma de mancha de tinta.

—Hemorragia intracraneal traumática. Hay que intervenirlo cuanto antes —constato.

Sabiya asiente imperceptiblemente; tiene los ojos húmedos y el rostro pálido.

Trasladamos al niño de nuevo a la unidad; el padre nos sigue de cerca.

De vuelta a la habitación, los anestesiólogos vigilan la presión arterial, el pulso, la saturación de oxígeno y el ritmo cardíaco en el monitor. Preparan la anestesia y la intubación, traen el respirador.

Sus padres entran en la habitación; la madre está llorando. El padre grita algo sobre que debemos ponernos las pilas, hacer nuestro trabajo. Alguien vuelve a enviarlo fuera. Roger sale al pasillo e intenta tranquilizarlo.

Sabiya se acerca al niño, empieza a acariciarle con cuidado la mejilla, donde hay rastros de lágrimas sobre la piel polvorosa. Después, toma la pequeña mano con la tirita de *Star Wars* entre la suya, empieza a hablarle en punyabí suavemente y en voz baja. El niño, tan menudo y pálido, es incapaz de explicarse o de dar cuentas de nada, pero esto tiene que ir bien; en breve abrirá los ojos, irá recuperándose poco a poco. En los próximos días vendré a verlo, me tomaré mi tiempo, hablaré con él y bromearé un poco; comprobaré que va mejorando y que cada vez está más alegre, más seguro.

En el momento en que acabo con este hilo de pensamientos, empiezan a descender el pulso y la saturación de oxígeno.

Joder, pienso. Joder, joder, joder. La desesperación se apodera de mí. No podemos perderlo ahora.

El anestesiólogo coloca enseguida una vía intravenosa en el brazo del niño para administrarle adrenalina.

—Pide sangre urgentemente —le digo a Roger.

Le administramos suero y otros medicamentos para mantener la presión sanguínea. Al niño se lo traslada al quirófano; Sabiya y yo lo seguimos corriendo. Fuera de la sala de quirófano nos relevan los médicos anestesiólogos; nosotros debemos retirarnos.

Son las 21:10. Nadie dice nada. Sabiya deambula sin descanso; yo me acerco a la ventana. El tranvía traquetea al pasar

por Sognsveien. Los coches se detienen ante la luz roja del semáforo en dirección a Kirkeveien. La gente brinda por el verano en las terrazas de los restaurantes, en Majorstuen en una dirección y Torshov en la otra, y mientras el mundo prosigue su curso habitual, sacan al niño del quirófano.

El neurocirujano, que es uno de los más experimentados, niega con la cabeza.

—La hemorragia es enorme, es incompatible con la vida.

Lo que más me apetece es sentarme en el suelo y llorar.

Un niño con cuatro años de vida. Cuatro años de moratones.

Regresa al quirófano.

—Tenemos que informar a los padres —digo—. Y la madre no sabe noruego.

En el momento de pronunciar estas frases, entiendo lo cobarde y patético que sueno, que esto es pasarle la pelota a Sabiya.

Sin responder, se acerca a los padres.

El padre golpea la mano contra la pared; la madre se derrumba. Sabiya le acaricia la espalda. Los demás permanecemos quietos, indecisos: más tarde habrá que realizarle otra tomografía al niño que constate que el riego sanguíneo al cerebro ha cesado, antes de declararlo muerto. Todo esto requiere un tiempo, es probable que no ocurra nada más hasta mañana; entonces también tendremos que consultar con los padres el tema de la donación de órganos. Intentamos darles un poco de tiempo a los familiares antes de preguntar, pero tampoco podemos esperar demasiado.

Se genera una especie de afecto en el grupo que por lo general no existe. Estamos juntos en esto. Duele, pero también tenemos otros pacientes, niños acostados que esperan y a los que no hemos podido atender mientras ocurría esto; el estado de excepción no puede prolongarse demasiado tiempo.

Entonces el padre viene corriendo hacia nosotros. Bente intenta ponerle una mano sobre el hombro, pero él se la aparta.

—Lo lamento —digo.

—¿Dónde está la sala de oración?

No digo lo que estoy pensando: un hombre que ha matado a palos a su hijo no tiene nada que hacer en una sala de oración, no existe perdón para lo que ha hecho. Me giro un poco, apartándome.

—Bente —musito—. ¿Le enseñas dónde está la sala?

En el momento en que veo desaparecer su espalda a través de las puertas acristaladas, apoyo las manos contra la pared, inclino la cabeza hacia delante y tomo un profundo aliento.

Una vez, dos, tres veces.